

*En la casa  
del guarda*

*En la casa del guarda*

Título original: *The Girl in the Gatehouse*

© 2011 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

*The Girl in the Gatehouse*

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Rosa Bachiller

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Imagen de la cubierta: © Jill Battaglia/Arcangel Images

Primera edición: septiembre de 2018

Depósito legal: M-24329-2018

ISBN: 978-84-16973-53-8

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

*Julie Klassen*

*En la casa  
del guarda*



Libros de  
*seda*



*A Brian,  
que ama y perdona.*

*Y en memoria de mi madre, mi más ferviente seguidora,  
Loretta «Lori» Theisen.  
Junio de 1940 – Agosto de 2010*



«Las puertas del Paraíso se abren  
con el perdón mutuo de los pecados».

WILLIAM BLAKE

«Porque estrecha es la puerta,  
y angosto el camino que lleva a la vida,  
y pocos son los que lo hallan».

JESUCRISTO (MATEO 7:14)



# Capítulo 1

«El lugar al que mandarla se convirtió en motivo de tristeza, y fue una difícil decisión».

JANE AUSTEN,  
*Mansfield Park*

*Septiembre de 1813*

«El fin de la única clase de vida que he conocido», pensó Mariah Aubrey mientras miraba hacia atrás por la ventana del carruaje y veía encogerse las siluetas de su madre y de su hermana. Julia, de diecinueve años, estaba delante, y podía ver como los hombros le subían y bajaban, al compás de los sollozos. El llanto de su hermana le abrasó el corazón. Su madre permanecía detrás, agarrando a Julia del brazo, en gesto de consuelo, de comprensión y, probablemente, también de control. Y allí llegaba su padre, bajando los escalones de Attwood Park. No había salido a despedirla. Bajo ningún concepto iba a «aprobar su vicioso comportamiento, ni a reducir de ninguna manera su deshonra». No obstante, en ese momento rodeó con un brazo a su esposa y con el otro a su hija pequeña, invitándolas a

darse la vuelta y conduciéndolas hacia la casa, hacia el único hogar en el que Mariah había habitado durante toda su vida. Y que puede que no volviera a ver jamás.

Dejó de mirar por la ventana. La señorita Dixon, sentada frente a ella, desvió la mirada de inmediato, centrándola en las correas de su bolso de mano, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba llorando.

Mariah se mordió el labio inferior para que dejara de temblar. Pese a que sabía que la pondría enferma, dirigió la vista a la ventana lateral. Miró sin ver hacia el paisaje campestre, ya que lo que de verdad ocupaba su mente eran los acontecimientos que habían tenido lugar durante el último mes. Intentó alejarlos pestañeando varias veces, pero las desgarradoras escenas seguían ahí, incólumes e inalteradas.

—Tenemos por delante un largo viaje, señorita Mariah —dijo Dixon—. ¿Por qué no procura dormir un poco? Así el camino se le hará más corto.

Mariah forzó una sonrisa, asintió y cerró los ojos obedientemente. Dudaba mucho que fuera capaz de dormirse, pero, por lo menos, el hecho de cerrar los ojos le impediría ver la pena dibujada en la cara de la única aliada que le quedaba en el mundo.



Viajaron durante dos días, parando en diversas posadas de carretera para cambiar los caballos, estirar las piernas y comer algo a toda prisa. El segundo día, y ya bastante tarde, Mariah cayó por fin en un sueño exhausto, aunque extremadamente breve, pues un giro brusco del coche la despertó, arrojándola con violencia hacia un lado del asiento.

¿Qué ha pasado? —preguntó tras enderezarse.

Dixon se recolocó el sombrerito que le cubría en parte el pelo rubio, salpicado de algunas mechaz grises.

—Creo que el cochero ha tenido que esquivar una oveja —dijo, mientras miraba a través de la ventana el bucólico paisaje, lleno de pastos—. No cabe duda de que estamos en una zona de lo más pastoril.

Mariah se frotó el hombro que se había golpeado y se asomó para mirar por las dos ventanas laterales. Por un lado, vio que el camino seguía un río tranquilo y de aguas cristalinas, y por el otro se extendía un prado ligeramente ondulado, salpicado de ovejas de cara blanca con sus pequeños corderos. El río formaba un meandro justo delante de ellos, que cruzaron por un puente de piedra, dejando a su izquierda un par de molinos de agua. Entraron en un pueblo de casitas de piedra parda, en el que había posada, botica, un comercio en el que se vendían piedras labradas y una iglesia con campanario, rodeada por el jardín con un prado triangular.

—¿Estamos en Whitmore? —preguntó Mariah.

—Eso espero —suspiró Dixon—. Mis huesos ya han tenido bastante tortura después de aguantar dos días sobre este incomodísimo asiento. —Su antigua niñera aún no había cumplido los cincuenta, pero se quejaba como si fuera bastante mayor de lo que era.

Dejaron atrás el pueblecito y, solo unos minutos más tarde, el carruaje viró otra vez con cierta brusquedad. Mariah miró por la ventana y le dio tiempo a ver la entrada a una hacienda imponente, protegida por una alta valla de piedra y enmarcada por un arco de medio punto que sostenían dos anchas columnas.

Dixon se inclinó hacia la ventana, como una planta de interior busca la luz.

—¿Dónde está la casa del guarda?

—Esta debe de ser la entrada principal —conjeturó Mariah, recordando lo que había leído en la carta de su tía—. La casa del guarda está en una entrada secundaria, que ya no se utiliza.

Mariah apenas podía llegar a comprender aún que ahora se esperaba que viviese por su propia cuenta y solo con la compañía de la

señorita Dixon. Su padre había insistido en que, incluso aunque no hubiera ninguna otra joven en la casa que corriera el peligro de ser contaminada por la reputación de Mariah, no permitiría que hiciera ningún daño al vecindario en el que residiera. ¡Qué daño le habían hecho, y le hacían todavía, esas palabras!

El carruaje pasó a través de la puerta de piedra y recorrió un camino circundado por varios acres de terreno bien cuidado: setos recortados, una rosaleda y un magnífico estanque. Al final de una curva surgió Windrush Court, un imponente edificio del siglo XVI. La gran mansión de campo, construida en piedra de color pardo claro, se elevaba tres alturas, la última abuhardillada y con ventanas tipo claraboya que interrumpían el tejado, bastante inclinado. Tanto la planta baja como el primer piso estaban salpicados de enormes ventanales.

El carruaje se detuvo ante la casa y dio una sacudida, mientras el mozo de cuadra se inclinaba para bajar la escalerilla. En ese momento se abrió la puerta principal, pero por las columnas no salió la esperada figura de su tía, sino otra, bastante más extraña. Era un hombre, a primera vista cercano a los sesenta años, vestido con un traje oscuro y sin adornos, que no era el que podría esperarse de un mayordomo o un lacayo, pues no llevaba librea. Había algo poco natural en la forma en la que andaba, como si tuviera un hombro más alto que el otro.

El mozo de cuadra abrió la puerta del carruaje, pero el individuo que se aproximaba lo detuvo, levantando la mano abierta.

—¡Alto! ¡Espere un momento!

Hizo una breve inclinación mirando a Mariah.

—Jeremiah Martin. —Elevó la calva cabeza, con pelo gris en los laterales—. ¿Es usted la señorita Aubrey?

—Sí. ¿No me está esperando mi tía?

—En efecto. Pero debo conducirla a la casa del guarda.

—Muchas gracias. —Mariah dudó un momento—. ¿Podría saludar primero a la señora Prin-Hallsey?

—No, señora. Debo llevarla directamente a la casa del guarda.

¿Así que su tía le había ofrecido un lugar en el que vivir, pero se negaba a recibirla en persona? Mariah lanzó una mirada rápida a Dixon para comprobar la reacción de la testaruda dama, pero en ese momento no dirigía la vista hacia ella. Mantenía la vista fija en el extraño mensajero, o más bien en el garfio que sobresalía en el lugar en el que debería haber estado su mano izquierda.

—Entiendo. —Mariah esperaba que su decepción y su vergüenza quedaran más o menos ocultas tras la sonrisa forzada que intentó dibujar.

Los ojos azules del individuo se quedaron fijos en los suyos durante un momento, pero inmediatamente rehuyeron su mirada.

—Con su permiso, voy a colocarme junto al cochero para dirigir la marcha. Windrush Court es una hacienda muy grande.

Unos momentos después el carruaje volvió a arrancar y rodeó la mansión por la otra esquina.

Mariah volvió la vista para observar el edificio. Las cortinas de una de las ventanas del primer piso, que estaban abiertas, se cerraron rápidamente. Después, el carruaje torció a la derecha, alejándose de la casa e internándose en un bosque de pinos centenarios y castaños de indias.

Según avanzaban por el tortuoso camino, María no pudo evitar que el corazón se le encogiera por el hecho de que su tía ni siquiera hubiera aparecido para saludarla. Cuando se casó con su tío carnal, «la tía Fran» mostró interés por ella, e incluso la invitó a que la visitara en diversas ocasiones. Aunque nunca se mostró excesivamente cariñosa, su tía sí que fue amable con ella durante su juventud. Todo esto convertía el actual rechazo en algo aún más doloroso.

De manera impulsiva, la joven se inclinó y agarró a su acompañante de la mano.

—Gracias por venir conmigo.

Dixon también se la apretó en respuesta, y de repente los ojos se le pusieron llorosos.

—¿Cómo no iba a hacerlo?

El carruaje pasó frente a la casita del jardinero, junto a la que había una carretilla llena de crisantemos otoñales colocados en macetas, y después dejó a la izquierda un invernadero acristalado. También pudo ver la carpintería: largos troncos, suspendidos entre caballetes, mostraban que el lugar se utilizaba habitualmente. De hecho, un hombre delgado y fibroso que se quitó el sombrero para saludar al paso del carruaje se asomó.

Conforme avanzaban, el bosque se fue haciendo más denso y el camino más estrecho, cubriéndose paulatinamente de arbustos y de hierba allí donde el mantenimiento era insuficiente. Mariah estiró el cuello para intentar distinguir de nuevo la valla de la hacienda, o incluso la casa del guarda.

Y allí estaba.

Alta y estrecha, construida con la típica piedra de Costwood color caramelo. «Tampoco está tan mal», pensó. Se parecía a un castillo en miniatura de dos plantas, adosado a un arco de entrada con verja, y con una torre a cada lado del arco, ambas una planta más altas que la propia casa. A partir de la torreta más alejada y la zona trasera de la propia casa, la alta valla de piedra que circundaba la propiedad formaba una curva y desaparecía en el interior del bosque.

El carruaje se detuvo, y el cochero descendió de nuevo para abrir la puerta. Esta vez, el señor Martin no evitó que salieran. De hecho, toda su atención se centró en su propia bajada del carruaje.

Mariah dio unos pasos para desentumecerse y levantó la mirada para fijarse en el arco, bastante elevado, y en la verja de hierro, adornada con anchas y afiligranadas barras. Estaba claro que, en algún momento, había sido un lugar importante para la hacienda, quizá hasta la entrada y salida principales. Ahora estaba cerrado con una cadena y un enorme candado, ambos oxidados.

Mirándola más a fondo, la propia casa parecía bastante abandonada, con las paredes desconchadas, los cristales de las ventanas borrosos y algunos hasta rotos. El pequeño jardín estaba muy descuidado, inundado por las malas hierbas. Había dos construcciones adyacentes, un pequeño establo y una leñera, absolutamente abandonadas. De la rama de un árbol colgaban un par de cuerdas, de las que pendía un columpio de madera roto en dos partes.

Mariah miró a Dixon, pero ella volvía a tener la mirada clavada en el señor Martin. El hombre avanzó hacia ellas al tiempo que sacaba un gran manojito de llaves del bolsillo, y Dixon se llevó a la nariz un pañuelo perfumado sin molestarse en disimularlo. La verdad es que el hombre desprendía un olor acre bastante intenso. No le pareció que se debiera a la falta de limpieza, sino a otra cosa. Fuera por lo que fuese, Dixon lo desaprobaba por completo, eso estaba claro.

El individuo miró a Mariah con cierta severidad antes de hablar.

—Esta cancela debe permanecer cerrada, salvo en caso de incendio o de alguna otra emergencia grave.

—¿Y se puede saber por qué? —inquirió.

Le picaba la curiosidad.

El hombre elevó el hombro derecho, el del brazo normal, pero el otro también subió, en un remedo de encogimiento de hombros.

—Lleva muchos años sin utilizarse. De hecho, desde que en la carretera cercana a la entrada principal se construyó una cabina de peaje.

La respuesta no terminaba de aportar una explicación para el cierre de la entrada, pero Mariah no insistió.

El señor Martin abrió el cerrojo de la puerta principal y la empujó. Le pasó las llaves y Mariah entró, impaciente por conocer su nueva casa.

Le invadió un rancio olor a humedad mustia, y automáticamente se le cayó el alma a los pies. Pasó a una pequeña cocina,

cuya mesa y mostrador de trabajo estaban absolutamente cubiertos de polvo. Dixon levantó una vieja cesta que estaba vuelta del revés sobre el aparador, pero lo único que ocultaba era un montón de deposiciones de ratón. Su pequeña nariz se arrugó visiblemente.

Mariah salió de la cocina y entró en la sala de estar, que daba a la fachada principal. Algo se movió muy deprisa, y no le dio tiempo a descubrir qué era. Al igual que en la cocina, gruesas capas de polvo cubrían un desvencijado sofá y una mecedora. Había marcas de humedad en la pared principal, bajo la ventana, aunque el techo parecía seco; ¡algo era algo! Lo mejor que se podía hacer con las apolilladas cortinas era quemarlas y sustituirlas, aunque quizá pudieran lavarlas y remendarlas, al menos para empezar. Mariah suspiró. Había muchísimo que hacer y, por desgracia, muy pocos fondos para hacerlo.

El señor Martin indicó al mozo de cuadra y al cochero que bajaran los baúles y las maletas del techo y de la parte trasera del carruaje y los llevaran dentro, pero se marchó sin ofrecerse a ayudar. Puede que ni siquiera pudiera hacerlo, dado que le faltaba una mano. O quizá pensara que esa joven desconocida, pariente lejana de su ama, no merecía ningún tipo de esfuerzo por su parte.

Dixon se puso al mando de las operaciones. Ordenó colocar un par de baúles con material de cocina en la pequeña estancia destinada a ese fin, otro con libros y ropa de hogar en la sala de estar y el resto en las habitaciones de arriba.

Dixon y Mariah subieron las estrechas escaleras siguiendo a los hombres. El pasamanos tembló cuando Mariah se atrevió a rozarlo. Encontraron un par de dormitorios, cada uno en el extremo de un angosto pasillo, y una pequeña sala de estar entre ambos.

—¿Cuál prefieres, Dixon? —preguntó Mariah, bastante aliviada al comprobar que los cuartos eran habitables.

—Usted debe quedarse con el más grande, por supuesto. —Pero Dixon dudó al acercarse a la ventana del susodicho, que daba a la

carretera y al bosque. Por encima de las copas de los árboles se divisaba el tejado de un austero edificio con forma de caja. De él surgían tres chimeneas negras, que no dejaban de emitir sendas columnas de un humo gris y denso, que seguramente procedía de la quema de carbón.

—Me temo que la vista no es gran cosa. Si prefiere la otra habitación, no hay problema.

—No te preocupes, Dixon, muchas gracias. ¿Qué crees que es ese edificio?

—No lo sé. Pero cuando sople el viento nos vamos a tragar todo ese humo, y tendremos que limpiar el hollín en toda la casa. —Se dio la vuelta—. Bueno, a trabajar. No creo que esta casa vaya a limpiarse sola.



Durante varios días Mariah y Dixon se dedicaron a limpiar a fondo, a ventilar y a acondicionar la casa del guarda, desde el tejado hasta la planta baja, y desde el ático hasta el sótano. Tuvieron que desalojar unas cuantas criaturas que habían establecido su residencia permanente en la chimenea y que de paso habían dejado montones de excrementos. Esa fue la única razón por la que Dixon no se negó en redondo a la sugerencia de Mariah de que adoptaran al gato que empezó a seguirlas como una sombra mientras metían y sacaban ropa vieja para quemar, o lavar y secar si todavía era salvable.

El cuarto día, Dixon la llamó.

—¡Señorita Mariah! Se acerca un carruaje por el camino.

A Mariah le dio un vuelco el corazón. El carruaje procedía del interior de la hacienda. ¿Quién podría ser? Se acercó corriendo a la ventana de la cocina y pudo ver un magnífico coche, del que tiraban dos alazanes casi exactos. Un lacayo con librea bajó del carruaje, abrió la puerta y le tendió la mano a quien lo ocupaba.

Allí estaba. Su tía, la antigua Francesca Norris, y ahora la señora Prin-Hallsey.

Tenía el pelo distinto a como lo recordaba Mariah. Ahora era gris, como el de un conejo, recogido en una elegante cofia de la que caían rizos abundantes hasta los hombros. Estaba claro que se trataba de una peluca. La tía Norris nunca había tenido un pelo tan espeso, y el suyo propio era castaño rojizo. Apenas llevaba empolvada la cara, pero sí que tenía oscuras las cejas y las pestañas, lo que hacía que sus ojos pardos parecieran más grandes y profundos. Llevaba un vestido de día color borgoña con toques plateados, rematado por un cuello alto de encaje blanco. Mantuvo la cabeza bien erguida mientras avanzó hacia la puerta de la casa. Mariah se apresuró con la intención de abrirla, pero Dixon la detuvo, agarrándola del brazo con firmeza.

—Déjeme a mí, señorita —dijo con su tono de voz más respetuoso, al tiempo que le quitaba el gorro de trabajo a Mariah que, inmediatamente, se desató el delantal.

Dixon abrió la puerta antes de que Mariah pudiera retirarse al cuarto de estar. Se quedó allí en medio mientras su tía entraba a grandes zancadas en la modesta cocina, actuando como si la casa le perteneciera. Lo cual era cierto, aunque se la hubiera cedido.

—Tía... Quiero decir, señora Prin-Hallsey. Cuánto me alegro de volver a verla. —Mariah arrojó el delantal a la mesa e hizo una reverencia.

—¿De verdad?

—¡Por supuesto! Quizá no tanto... en estas circunstancias, pero sí, me siento feliz de verla.

En la boca pequeña y de labios finos de la mujer se dibujó una mínima sonrisa. Incluyó levemente la cabeza en mudo y elegante reconocimiento a sus palabras y siguió a Mariah al cuarto de estar.

—¿Qué edad tienes ya, Mariah? ¿Veintiuno?

—Veinticuatro.

—¿En serio? —preguntó, alzando las oscuras cejas en gesto de sorpresa—. Bueno. No había calculado bien tu edad, pues ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. No hace falta que me devuelvas el favor y me preguntes la mía... La verdad es que tienes muy buen aspecto.

—Gracias. Usted también.

Su tía asintió con la cabeza.

—¿Qué tal va la instalación?

—Pues a mí me parece que bastante bien —respondió Mariah—. Le agradezco mucho su generosa oferta de alojamiento.

La señora Prin-Hallsey hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Siento no haber podido darte la bienvenida cuando llegaste. Hugh... quiero decir, yo, estaba indispuesta. —Hizo un gesto a dos lacayos que esperaban fuera—. He traído unas cuantas cosas.

Entraron los dos lacayos, ambos vestidos con librea. El primero de ellos llevaba un cofre cuadrado con muchos adornos por fuera.

—Es un cofre que me traje cuando me trasladé a vivir a Windrush Court. Solo tiene unos pocos efectos personales. Me sentiré más a gusto si, por ahora, queda bajo tu techo. Debo decirte que mi relación con el hijo de mi último marido, Hugh, es, como mínimo, difícil. Supongo que lo entiendes.

Mariah no lo entendía, pero se limitó a asentir.

Con un delicado gesto de la mano enguantada, la señora Prin-Hallsey indicó al otro criado que se adelantara.

—Y aquí tienes unas cuantas cosas para ti. —Su tía empezó a sacar objetos de la cesta que sostenía el criado—. Esta lámpara era de mi abuela, y una docena de velas. —Las sacó, sujetas con un cordel de bramante—. También he traído una lata de té y otra de café, y la cocinera ha preparado unas cuantas cosas, ya horneadas. —De nuevo movió la mano para que el lacayo dejara la cesta en la cocina.

—¿Te parece bien que lleven el cofre al ático? —preguntó la señora Prin-Hallsey—. Si no recuerdo mal, en lo alto de la torreta hay espacio, ¿verdad?

—Sí —respondió Mariah, aunque estaba claro que se trataba de una pregunta retórica. Se preguntó cómo es que su tía sabía de la existencia de un ático en la torre, y también por qué extraña razón se habría aventurado a entrar en la casa y explorarla, llevando tanto tiempo abandonada.

El joven criado que llevaba el cofre empezó a subir las escaleras.

—¿Tienes algo más que subir al ático, aprovechando que están aquí mis criados?

Mariah se apresuró a pensarlo.

—Tenemos dos baúles vacíos en el pasillo del primer piso.

—Muy bien. —La señora Prin-Hallsey le hizo una seña con la cabeza al segundo criado, que se apresuró a subir las escaleras.

Mariah no se sentía a gusto del todo con el hecho de que unos desconocidos se movieran tan libremente por la vivienda que tan rápidamente había empezado a considerar su hogar. De todas formas, le dirigió una sonrisa de agradecimiento a la señora Prin-Hallsey.

—Muchas gracias, tía Fran. —La antigua forma de dirigirse a ella le salió sin que pudiera evitarlo, y la mujer abrió unos ojos asombrados.

—Hacía mucho que nadie se dirigía a mí de esa forma, y la verdad es que tampoco lo echaba de menos. Puedes llamarme... —Lo pensó durante un momento—... tía Francesca. O señora Prin-Hallsey, si lo prefieres.

—¡Por supuesto! Le ruego que me perdone. —Mariah se sintió reprendida, pese a que antes a su tía no le importaba en absoluto que se dirigiera a ella de esa manera—. Y vuelvo a darle las gracias por los regalos.

Una vez más la mujer hizo un elegante gesto de reconocimiento.

—No tiene importancia.

Unos minutos más tarde su tía se había marchado, seguida de su séquito.

Mariah subió las escaleras y le encantó comprobar la cantidad de espacio que había quedado libre al retirar los baúles. Se sorprendió a sí misma mirando por la ventana en dirección al edificio que asomaba entre el follaje dorado del otoño.

El chirrido del pasamanos le anunció la presencia de Dixon.

—Le he preguntado a uno de los criados por el edificio que hay al otro lado de la carretera.

—¡Ah! —dijo Mariah, volviéndose a mirarla—. ¿Y qué has averiguado?

—Que es el asilo para pobres, o casa de caridad, que gestiona la parroquia —contestó la antigua niñera, con la mirada fija en la ventana.

Mariah siguió mirando hacia el oscuro tejado y se estremeció. La casa de caridad, un asilo para pobres... De repente, la casa del guarda no le pareció un destino tan terrible.